



EL HORMIGUERO Psicoanálisis ◊ Infancia/s y Adolescencia/s

UN CASO DE TERROR. PARTE II.

CUERPO, HORROR, ADOLESCENCIA E INSTITUCIONES

PATRICIA WEIGANDT

GABRIEL PAVELKA

MABEL LUNA

Universidad Nacional del Comahue

Centro Universitario Regional Zona Atlántica

weigandtpatricia@gmail.com

gabrielpavelka@yahoo.com.ar

mabel_8879_06@hotmail.com

Un caso de terror. Parte II.

Cuerpo, horror, adolescencia e instituciones

Resumen

Valiéndonos del lazo entre el psicoanálisis y la literatura nos serviremos de un cuento de la autora Mariana Enríquez titulado *Fin de curso*, para pensar cuestiones relativas a la subjetividad actual encarnadas en la adolescencia que transita instituciones. Tampoco esta vez caeremos en la tentación de nombrar *realidad social* al actual panorama de época. Resituaremos a las (posibles e imposibles) intervenciones –lecturas– de trabajadores con adolescencias, en especial a quienes se dispongan a ubicarse en el *imposible* lugar del analista. En diálogo con la literatura interrogaremos desde el cuento y a partir de sus personajes, el lugar del adolescente en relación con el Otro. Lo raro y el horror nos atravesarán desde el cuento y más allá, desde los personajes y más allá de ellos. Los posibles posicionamientos deseantes, el lugar del acto, las intervenciones, la intensidad de la mirada y su punto de esquizia, el contagio, el cuerpo, las violencias, serán algunos de nuestros des-velos. Nuestro trabajo se enmarca en los Proyectos de Investigación PI V121 y PI V123 (UNCo-CURZA)

Palabras clave

Psicoanálisis; Mariana Enríquez; horror; subjetividad de la época; cuerpo-adolescencia.

Abstract

Using the link between psychoanalysis and literature, we will use a story by the author Mariana Enríquez, titled *End of Course* to think about issues related to current subjectivity embodied in adolescence that passes through institutions. This time again we will not fall into the temptation of naming the current panorama of the times as social reality. We will resituate the (possible and impossible) interventions – readings – of workers with adolescence, especially those who are willing to place themselves in the impossible place

of the analyst. In dialogue with literature we will interrogate, from the story and from its characters, the place of the adolescent in relation to the Other. The strange and the horror will pass through us from the story and beyond, from the characters and beyond them. The possible desiring positionings, the place of the act, the interventions, the intensity of the gaze and its point of schiness, the contagion, the body, the violence, will be some of our concerns. Our work is part of the Research Projects PI V121 and PI V123 (UNCo-CURZA)

Key Words

Psychoanalysis; Mariana Enriquez; horror; subjectivity of the time; body-adolescence.

Reseña curricular

Psicoanalista. Doctora en Psicología Universidad del Salvador. Posdoctora en Psicología Universidad Argentina J. Kennedy- Licenciada en Psicología USAL Diploma de Honor. Especialista en Psicología clínica (Residencia Htal Evita de Lanús). Especialista en salud mental Centro Oro. Profesora Titular Regular Universidad Nacional Del Comahue. Directora de la maestría en aprendizajes en infancia/s y juventud/es CURZA UNCo. Profesora titular Regular UNCo. Miembro del Comité Académico y Profesora del Doctorado en Estudios Políticos y Culturales CURZA UNCo. Profesora titular invitada y directora de tesis en Maestría Psicoanálisis Universidad Kennedy. Docente en seminario y directora de tesis en doctorado en psicología USAL. Exdocente UBA. Dirección de tesis grado y posgrado. Directora de Proyectos de investigación y extensión Universitarios. Investigadora categorizada (2). Vicedecana CURZA – UNCO (2010-2014) Integrante del comité académico red INFEIES. Directora Revista "El Hormiguero. Psicoanálisis ◇ Infancia/s y adolescencia/s". Integrante del grupo psicoanalítico El (Øtro) Sur. Autora de libros y publicaciones científicas. Clínica en consultorio.

Gabriel Pavelka

Doctor en Psicología (USAL) Mag. en Psicoanálisis (AEAPG) Licenciado en Psicopedagogía (UNCo) Ayudante de cátedra de Psicoanálisis e investigador Universidad Nacional del Comahue. Co director de PI V121. Co director de Revista Digital: El Hormiguero. Psicoanálisis ◊ Infancia/s y Adolescencia/s (CURZA- UNCo) Integrante de Equipo Técnico Interdisciplinario en Unidad Procesal N° 7, 5 y 11 –Fuero de Familia. Poder Judicial (R.N) Autor de Libros y publicaciones científicas.

Mabel Luna

Doctoranda en Psicología (USAL) Lic. En Servicio Social (U.M). Profesora cátedra Análisis institucional II e investigadora Universidad Nacional del Comahue. Integrante del PI 121. Ex coordinadora de institución comunitaria ECOS Alma Fuerte (SENAF) Actual integrante de Equipo Técnico Interdisciplinario del Ministerio Público Fiscal. Poder Judicial R.N. Autora de Libros y publicaciones científicas.

Un caso de terror. Parte II¹

Cuerpo, horror, adolescencia e instituciones

Valiéndonos del lazo entre el psicoanálisis y la literatura, nos serviremos de un cuento de la autora Mariana Enríquez (2016) titulado *Fin de curso*, incluido en su obra *Las cosas que perdimos en el fuego*, para pensar cuestiones relativas a la subjetividad actual encarnadas en la adolescencia que transita instituciones. Advertimos que el lazo existente entre literatura y psicoanálisis desde los orígenes nos abre la vía para pensar lo real en los abordajes con adolescentes. Las palabras se escriben e inscriben, bordeando lo que no cesa de no inscribirse, propiciando la producción subjetiva. En diálogo con la literatura interrogaremos desde el cuento y a partir de sus personajes, el lugar del adolescente en relación con el Otro, hoy. Aunque esa ubicación en el tiempo pueda resultar paradójica y redundante.

El cuento inicia con el relato de la narradora describiendo a Marcela, su compañera de curso.

Dirá “era una de esas chicas que hablan poco” (Enríquez, 2016, p. 117)

Ya al inicio la autora desliza un detalle acerca de los nombres: “Podría haberse llamado Mónica, Laura, María José, Patricia, cualquiera de esos nombres intercambiables, que suelen tener las chicas en las que nadie se fija” (p. 117). Llama nuestra atención que esos nombres intercambiables son nombres de mujeres portados por una generación que no es la misma de las otras chicas compañeras de Marcela que aparecen nombradas en el cuento.

¹ El antecesor a este escrito se puede encontrar en: Weigandt, P, Pavelka, G y Luna, M (2022) Un caso de terror. Lo real entre el analista y el sujeto. Psicoanálisis en Dialogo. Marcelo Kohan ediciones. Buenos Aires. ISBN 9789874696755. Basado en el cuento de Mariana Enríquez: “El chico sucio”

El silencio irrumpe en Marcela y también el trato casi despectivo y por tanto cargado de agresividad en la descripción de su ¿singularidad?

Se habla de ella, aunque aparece como innombrada.

“Era mala alumna, pero rara vez recibía la desaprobación de los profesores. Faltaba mucho, pero nadie comentaba su ausencia. No sabíamos si tenía plata, de qué trabajaban los padres, en qué barrio vivía. No nos importaba” (p. 117)

Los datos que son marcados como de relevancia acerca de las insignias de Marcela provienen de un orden inscripto en lo económico, puesto como muestra de la época en las bien adaptadas adolescentes del aula. Ninguna referencia por ahora a sus gustos, *sentimientos*, ni hablar de alegrías o tristezas, historias de amor o amoríos, de las que otrora solían inundar los relatos adolescentes.

Continúa la descripción, en cuanto a su cuerpo. “era una de esas caras olvidables...” “lo único que la diferenciaba era que se vestía mal”, “solo la ropa hacía que nos fijáramos en ella” (p. 117)

La ropa es parte de la envoltura de aquella bolsa que es el cuerpo en el humano. En este caso, un ocultamiento del cuerpo según la descripción. ¿Para la narradora había cuerpo? ¿A quién describe? Cabe destacar que en todo caso el cuerpo se tiene y es efecto de un encuentro con el Otro, de una conquista.

Lacan, plantea que el cuerpo es una bolsa. ¿Qué relación podríamos pensar entre ética, estética, deseo y cuerpo?

A ese cuerpo otro, ignoto, que podríamos pensar lógicamente previo o no abarcado por la matriz simbólica –la del estadio del espejo– que muchas veces tapizamos con nombres tales como organismo, Lacan le dará el nombre de bolsa (Lacan, 1975/76)

Él hablará de una bolsa vacía. El problema es que estamos en el intento de nombrarlo y eso genera complicaciones.

Otros nombres que ha recibido a lo largo de la historia del pensamiento psicoanalítico como: reservorio pulsional, Ello..., Posición esquizoparanoide...

Nombrarlo nos complica porque se trata del “más puro real”. Y el más puro real no tiene nombre. Al menos no, hasta tanto algo de la creación no advenga, al menos no, hasta que algo del inconsciente quede, no ya fundado, sino inaugurado. (Weigandt, 2012)

Volviendo a su nombre, la narradora describe que se trata de un nombre fácilmente intercambiable y menciona nombres de generaciones anteriores. ¿Habría algo allí que se presente más allá del mercado de la plata y el trabajo de los padres o de la ningunada mirada de los profesores que no esperan nada de ella? ¿Una generación anterior podría salir al paso?

¿Habría al menos desde la letra una generación anterior?

Nombres intercambiables no dejan paso a la singularidad.

¿Qué tipo de conmoción producía la presencia de Marcela? Nadie se fijaba en ella, pero sin embargo era objeto de (despectivas y tenaces) miradas.

Esta invisibilidad, que no queda únicamente limitada a las compañeras, tratándose de una institución educativa puede ser sumamente riesgosa. ¿Puede en una escuela no notarse la ausencia de una alumna, la falta? ¿Puede no decir-se nada sobre su ausencia?

Marcela era mala alumna. ¿Es esa una rápida construcción prejuiciosa que se arma de ella o se trata de dar lugar a esa invisibilización intencional para no reparar en su singularidad? Des - trato. Justo en clase de historia.

Hasta que, en la clase de Historia, alguien dio un pequeño grito asqueado.

¿Fue Guada? Parecía la voz de Guada, que además se sentaba cerca de ella. Mientras la profesora explicaba la batalla de Caseros, Marcela se arrancó las uñas de la mano izquierda. Con los dientes.

Como si fueran uñas postizas. Los dedos sangraban, pero ella no demostraba ningún dolor. Algunas chicas vomitaron. La de Historia llamó a la preceptora, que se llevó a Marcela; faltó durante una semana y nadie nos explicó nada. Cuando volvió, había pasado de chica ignorada a chica famosa. (p. 118)

Se considera que la batalla de Caseros fue la más grande de la historia nacional argentina. La profesora podía dar cuenta de esa parte de la historia, nuestra historia. Sin embargo, Marcela se enfrentaba a una batalla inadvertida por los adultos, imposibilitada de ser historizada.

Marcela falta una semana y no hay adultos que puedan decir algo. No hay simbólico que acoja algo de este real que aparece. Lo descartable, lo segregado ni siquiera por la diferencia.

[...] Cada uno está con su plus de gozar: con su grupo, su religión, su modo de goce sexual, su idea de ser hombre o mujer, etc. Cada uno por su lado, pero juntos todos los que gozan de un modo similar y los otros segregados [...] En este estado de cosas tenemos individuos, tal como Lacan afirma en La tercera: “Sólo hay un síntoma social: cada individuo es realmente un proletario, es decir que no tiene ningún discurso con el que hacer un vínculo social [...] el individuo indiviso, no reconoce a otro, por eso no hace lazo social [...]” Sólo hay un síntoma social [...] (Karothy, 2005: 33 en Weigandt y otros 2016)

Nuestra pregunta se replica nuevamente, no por nada ya nos la formulamos en *la infancia masacrada. Estudio de la actualidad en Infancia/s y adolescencia/s. Psicoanálisis, Universidad y posicionamiento comunitario* (Weigandt 2018), donde, entre otras referencias nos encontramos con un planteo de Lacan que puede dar cuenta de esta dificultad más allá de la pura vista. Allí nos preguntamos sobre nuestros niños, interrogantes que caben también a nuestros adolescentes: El Otro: ¿Quién demanda a nuestros niños?

Algunos ecos del sujeto.

[...] Este A no es otro absoluto, otro que sería lo que nosotros llamamos, en nuestra verbigracia moral, el otro respetado como sujeto, como nuestro igual moralmente. No, este Otro tal como les enseño aquí a articularlo, que a la vez es exigido como lugar, pero que al mismo tiempo está sometido sin cesar a la pregunta de qué lo garantiza a él mismo, es otro perpetuamente evanescente, y que por este hecho, nos deja a nosotros mismos en una *posición perpetuamente evanescente* [...] (Lacan, J.; 1960/61, p. 198) (en Weigandt, 2018, p. 55)

Ni adultos ni pibes registran esa ausencia semanal. Sin embargo, parece haber una diferencia, los pibes dicen faltó. Falta. Pero esa falta parece no irrumpir eficazmente en la actividad cotidiana institucional que requiere de palabras, simbólicos, rituales con los cuales procesar, hasta que algo irrumpe, sin palabras ni rituales, pero bajo una figura sacrificial:

“Mientras la profesora explicaba la batalla de Caseros, Marcela se arrancó las uñas con los dientes. Como si fueran uñas postizas. Los dedos sangraban, pero ella no demostraba ningún dolor” (p. 118)

¿Qué sabemos del dolor del otro? ¿Los pibes no sufren? ¿Solo irrumpen para incomodar a los adultos? ¿Y el Otro?

El Otro humano, pongamos por caso la madre, es el que responde a ese primer grito que no es intencional, que no quiere decir nada, excepto para ese Otro que lo significa como llamado [...] El niño, con la reacción inespecífica, con el llanto y el pataleo, nada demanda. Es el Otro el que hace pasar al niño de un estado de derelicción, un estado de desprotección absoluta a una satisfacción posible. (Károthy; 2001, pág. 50 en Weigandt 2018)

“Había pasado de chica ignorada a chica famosa” ¿Un acto horroroso nominando?

Hacerse un nombre a través de la muerte, como en la primera parte de nuestro escrito², “nachito muerto”. ¿La vida cobra relevancia ante la ausencia o ante lo mortífero y horroroso se monta una escena? ¿Qué pasa con las instituciones frente a esto? ¿Y con los trabajadores con infancias y adolescencias?

Luego del acto de Marcela, el acto de los padres, que también salieron de la invisibilidad –una vez más– bajo el formato de “padres auto convocados”.

¿Qué convoca a los padres? ¿la institución queda fuera de esa auto determinación?

Patricia Weigandt (2012)³ dirá:

Una reunión de padres auto convocados solicita la medida a las autoridades del establecimiento y se instala una guardia policial. Aquí

² Weigandt, P, Pavelka, G y Luna, M (2022). Ob. Cit.

³ Weigandt, P (2012). La infancia masacrada que intenta resistir. Recuperado de <http://borromeo.kennedy.edu.ar/Articulos/InfanciamasacradaWeigandt.pdf>

Viedma no eleva al niño, sino que a un uso un tanto más espartano, lo retira de la escena. Lo arroja al vacío. Los padres no tienen lugar para un niño más. Entienden que es o él o los suyos. (p. 1170)

Los padres de la narradora sólo esperaban buenas notas de ella. ¿Los padres ciegos ante la vida de otros podrán ver a sus hijos?

El psicoanalista Carlos Tewel en su libro *Autismo y psicosis infantil* (2018) plantea que no se trata todo de si hay o no hay contención, sino de relevar la existencia del inconsciente. A veces no depende, solamente, de lo que los padres hacen. Inconsciente, repetición, Otro, incluye historia.

¿Qué me quiere el Otro?

En ocasiones la repetición toma el lugar e impide la pregunta de qué me quiere el Otro. Un caso clínico en este sentido elocuente –el caso David– es el relatado por Juan Carlos Volnovich en el texto *Bordeando la psicosis* (1990), donde la historia de la abuela en un campo de concentración retorna infame en el padecimiento del niño.

¿Qué me quiere el Otro? Ese interrogante implica al inconsciente, no sólo la interacción, la contención. No si los padres hicieron lo suficiente. Aspecto muchas veces juzgado por las masas.

Entonces, siguiendo con la línea de nuestro interrogante: ¿aun teniendo contención, alguien puede padecer? El deseo no es voluntario. En David estaban incluidos el torturador, la abuela y el campo de concentración.

¿Con la contención alcanza para que un niño o adolescente no sufra, no atraviese padecimientos, no pierda la vida? ¿Cuál es el límite de la intención y de la intervención? ¿Qué podemos hacer? ¿Hasta dónde podemos hacer?

¿Qué se espera de un niño hoy?, ¿que sea el mejor alumno?

Tensando la pregunta en la época de la caída estrepitosa de los ideales, ¿aún y en verdad se espera que un niño sea buen alumno?

Marcela no hablaba, silencio, pura mirada. La narradora refiere que no parecía recordar el episodio de las uñas arrancadas.

¿Hay sujeto allí donde alguien no puede dar cuenta de su acto y no se reconoce en él?

Y luego, en el baño, otro acto.

La narradora afirma que fue en el baño donde todo empezó de verdad.

Lo real y la verdad. Lo que no se inscribe y la verdad. La verdad hermana de goce, dirá Lacan en su seminario sobre la ética (1959)

Podríamos preguntarnos: ¿acaso lo anterior no era real? Algo comienza para la chica que relata. No sabemos si la verdad. Algo comienza a tomarla y pretende escuchar, pero la escucha queda interrumpida por la intervención de otra chica y el llamado a la autoridad que interviene mudamente. Marcela estaba mirándose al espejo, ¿qué miraba? ¿qué veía en un espejo averiado, pero con inscripciones que dejaban un agujero?

Sin un gesto de dolor, afirma quien relata. ¿Acaso el dolor mudo no es dolor? A veces alguien puede tener mucha furia por no tener dolor. El hecho de que no se registre la conmoción del otro no significa que al otro no le pasen cosas, no sufra.

¿Los pibes no tienen derecho al dolor? ¿Y cuál es el formato admitido? ¿Someter el goce a un formato de reglas claras que no inquiete a nadie y se ajuste a los encuadres institucionales?

La referente de Abuelas de Plaza de Mayo, Estela de Carlotto, en entrevista con Julio Leiva, puede ubicar cuando fue la última vez que lloró.⁴

El Terror, horror, angustia, miedo, se conjugan en el humano de manera tal que incluso y hasta en los rituales que tratan de dar lugar a la elaboración de lo peor, algo excede. Una madre que había perdido a su hijo en un episodio del cual se dudaba si accidente o suicidio, se preguntaba: ¿qué pensarán los otros si lloro?

Otra viñeta: una tarde suena el teléfono fijo de casa, suena insistentemente, aún se usaban los teléfonos fijos. Era una mujer con la que intervine y a quien acompañé durante tiempo. La llamaremos Juana⁵. Ella me dice: “Mabel paso algo horrible, mataron a mi hermano Luis. Estamos en la morgue con mamá, necesito que vengas. No sé cómo contenerla”.

Luis era un joven al que otro joven con un disparo pone fin a su corta vida.

Concurro al encuentro con Juana. Ella dice: “Los pibes están todos reunidos, se están armando” No hacía referencia al armado simbólico que posibilitaría que algo del duelo comience a procesarse. Iban en la búsqueda de quien mató a su amigo.

Abrazo fuerte a Juana, su respiración se entrecortaba, su mirada decía sobre el horror y la angustia que presentaba. Ella dice: “Me siento mal, no puedo llorar Mabel, me siento rota, pero me preocupa no poder llorar”

⁴ Recuperada de <http://fmlaplaza.com/memoria-verdad-y-justicia-estela-de-carlotto-en-caja-negra-con-julio-leiva/>

⁵ Los nombres utilizados son ficticios a fin de preservar la identidad de esta viñeta de trabajo aportada por Mabel Luna.

Volviendo a Marcela

¿Monja o prolijo varón nos dice algo de su sexualidad o de lo asexuado? ¿Que se produce en ese acto? ¿Que se escribe en el baño de la escuela? Mensajes de amores y odios. Lugar de concentración de lo pulsional. ¿El acto las nomina? ¿Cómo salir de ahí?

Ese acto frente al espejo también puede ser un intento de corte al dolor. No todo dolor es sin corte.

A partir de allí la narradora comienza a verla diferente. “La sonrisa de Marcela, que seguía mirándose mientras se apretaba la cara con el pañuelo, era hermosa. Su cara era hermosa” (p. 119)

La narradora comienza a fascinarse. ¿Qué la cautiva de Marcela? ¿es el acto? ¿le supone algún modo de saber hacer con el dolor? Tal vez quede alienada a algo de lo poco que aparece en lo poco que Marcela logra decir. Tal vez el enigma, tal vez el goce – compartido con ese Otro– que se presenta ante quien mira a quien se mira en el espejo, una mujer tal vez. Una que habla de alguien que la obliga a...

¿Hay un elemento de contagio que produce la identificación también en este caso? ¿por qué un adolescente se identificaría con otro que se daña? ¿padecemos lo mismo?

Adolescencia sed de identificaciones

En la actualidad parece tramitarse por consumir en exceso no necesariamente por ideales político-revolucionarios como en otras generaciones ni por romances no correspondidos.

En este “*fin de curso*” lo común se encuentra en lo tanático. No se reúnen a organizar el viaje de egresados, realizar actividades grupales, recaudar fondos. Lo que en cierto punto operaría como ritual de transición.

La narradora quería que Marcela le hablara, que le explicara. Quería visitarla en su casa. Quería saber.

La adolescente narradora demanda letras, palabras, ante la violenta ausencia de los adultos en la institución y más allá.

¿Qué se imagina la narradora? Un atisbo sobre qué es una mujer, se desliza en su fantasía.

Asustada, maravillada, con miedo a quedar eclipsada.

No eran temores sino sobresaltos en la actual imposibilidad de hacer síntoma.

Empezó a taparse los ojos... Necesitaba no ver. El cuento muestra los estragos de la mirada y su esquicia.

¿Empieza finalmente a instalarse algo del lazo? Pasa de inadvertida a avergonzarlas. ¿Algo las toca?

Nuevamente en el baño...

¿Espacio privilegiado para algo que se escurre? ¿para el encuentro adolescente con el espejo? ¿para ver algo que no se ve? ¿qué estatuto tiene para las pibas eso que ven? ¿y para los adultos?

Todo pasa en el baño, o casi todo. Las mujeres suelen ir juntas al baño para hacerse compañía. Tal vez para encontrar compañía ante el enigma, o enigma ante lo que pulsa.

La narradora a partir de su curiosa fascinación pregunta y hace hablar. ¿Y la palabra adulta? ¿cuál es el estatuto de realidad de lo que sucede en el escenario institucional? ¿la imagen de Marcela cambia dentro y fuera de la escuela? ¿Marcela no es la misma?

Marcela se abraza por el frío. ¿Fuera de la escuela puede sentir?

¿La narradora busca que algo de su propio acto duela? ¿qué se vea, que se escuche, que produzca marca?

¿Se tratará entonces de acompañar a Marcela en lo *que no le pasa*, darle lugar a la palabra, a alguna transmisión, convocar a la historia?

¿Esa identificación devenida en acto de la narradora daría cuenta de un modo de empatizar?

La palabra empatía es justo lo que le ocurre a la relatora.

La palabra empatía fue tomada del griego a principios del siglo XX por la psicología quien la dotó de un matiz de significación distinto. En principio significaba pasión y más tardíamente fue tomada por Galeno (siglo II) con el valor de dolencia o enfermedad. El vocablo se deriva con sufijo de cualidad (emphatés) que significa afectado y emocionado, que se apasiona intensamente por dentro, expuesto a las pasiones y también tardíamente, enfermo. Afección, padecimiento, sentimiento, enfermedad., que los indoeuropeístas asocian a una raíz indoeuropea: sufrir. Se distingue de simpatía: palabra que expresa puesta en común, con, conjuntamente. (etimologías de chile.net)

La empatía como sufrimiento y enfermedad ha desplazado a la simpatía y se ha tornado ideal de masas. Con predominio real en el imaginario de muchos movimientos desplaza el encuentro con la diferencia y en conjunto con otros significantes como la resiliencia, operan en una petrificación del sufrimiento.

El poeta nuevamente nos abre la vía y como dice Lacan no necesitamos hacernos el psicólogo. Juarroz nos abre la vía, en un relevo de poesía realizado por el psicoanalista argentino Rolando Karothy leemos:

Vagamos en la inconsistencia,

Pero hay ciertos abandonos en lo consistente,

Ciertos repliegues de lo neutro a lo que no lo es,
Ciertas caídas a la densidad,
Que dormita en las cosas,
En que nos arrebató el vértigo de no ser nada.
Es entonces cuando nace la más perentoria sensación
Que puede experimentar un hombre:
Existe un hueco que hay que llenar.
Así suele cambiar a veces una vida
Y convertirse en su propio revés.
Hasta que surge en el hombre
Una sensación todavía más irreversible:
Existe un hueco que hay que vaciar (Juarroz en Karothy 2001, p. 26)

Referencias

- Enríquez, M (2016) *Las cosas que perdimos en el fuego*. Cuento: Fin de curso.
Barcelona. Anagrama.
- Lacan, J (1959) *El seminario. Libro 7. La ética en psicoanálisis*. Buenos Aires. Editorial Paidós.
- Leiva, J (2023) *Entrevista a Estela De Carlotto*. Recuperada de:
<http://fmlaplaza.com/memoria-verdad-y-justicia-estela-de-carlotto-en-caja-negra-con-julio-leiva/>
- Karothy, R (2001) *Vagamos en la inconsistencia. Los fundamentos del psicoanálisis*. Buenos Aires. Editorial Lazos.

- Tewel, C (2018) *Autismo y psicosis infantil*. Intervenciones clínicas en un Centro Educativo Terapéutico Psicoanalítico.
- Volnovich, J. C (1990) *Bordeando la psicosis*. Diarios clínicos N° 2. Pág.58 a 66 Baires. Argentina. Editorial Diarios clínicos.
- Weigandt, P (2012) *Pariré centauros. De la sublimación freudiana al Sinthome lacaniano: un punto de suspensión*. Buenos Aires. Editorial Letra Viva.
- Weigandt, P, Bijarra, A y otros (2016) *Posicionamientos actuales ante el Otro. La figura de la canallada y el trabajo comunitario ante lo que resiste*. Revista Borrromeo N° 7– septiembre 2016. Recuperada de: <http://borrromeo.kennedy.edu.ar>
revistaborrromeo@kennedy.edu.ar ISSN 1852-5704
- Weigandt, P (2018) *La infancia masacrada. Estudio de la actualidad en Infancia/s y Adolescencia/s. Psicoanálisis, comunidad y posicionamiento comunitario*. Buenos Aires. Editorial Letra Viva.
- Weigandt, P, Pavelka, G y Luna, M (2022) *Un caso de terror. Lo real entre el analista y el sujeto*. Psicoanálisis en Dialogo. Marcelo Kohan ediciones. Buenos Aires. ISBN 9789874696755.